

Miguel Alberto Guérin
Universidad Nacional de La Pampa

**EL RELATO DE VIAJE AMERICANO
Y LA REDEFINICION SOCIOCULTURAL
DE LA ECUMENE EUROPEA**

Dispositio (Department of Romance Languages, University
of Michigan) Vol. XVII. N° 42, pp. 1-19

EL RELATO DE VIAJE AMERICANO
Y LA REDEFINICION SOCIOCULTURAL
DE LA ECUMENE EUROPEA

Miguel Alberto Guérin
Universidad Nacional de La Pampa

El día pasado, cuando el Almirante iba al río del Oro, dijo que vido tres serenas que salieron bien alto de la mar, pero no eran tan hermosas como las pintan, [por]que, en alguna manera, tenían forma de hombre en la cara. Dijo que otras veces vido algunas en Guinea, en la costa de la Manegüeta.

(Colón 1962, 53 v.-54 r.).

Este fragmento del *Primer viaje* de Cristóbal Colón, glosado por fray Bartolomé de Las Casas, corresponde al día miércoles nueve de enero de 1493, y registra sucesos del día ocho, ocurridos mientras el Almirante se dirigía al río Yaque, que desemboca en la costa norte de la isla Española (Santo Domingo).

Al día siguiente, Las Casas glosa, del diario, una descripción sintética de "estas tierras, desde Monte-Christi hasta allí donde surgió", en que se las presenta por uno de los atributos visibles desde la nave. Las tierras labrantías, comprendidas entre la costa y los montes: altas, recorridas por numerosos ríos, y tan "lindas" y "verdes," "que es cosa de maravilla ver su hermosura".

1. *Relato de viaje: experiencia sensible y razonamiento discursivo*

Colón produce un texto que describe "estas tierras" para quienes no las han visto y no pueden verlas, para lo cual selecciona un atributo que presupone

conocido por ellos, pero que alcanza, en su presentación textual—y quizás también en su percepción—, un grado de calidad inusual para el mundo que comprende tanto a los destinatarios de su texto como a él mismo, por lo que lo asimila a lo maravilloso. Lo mismo hace, de inmediato, con otro atributo de las tierras, las tortugas—"en toda esta tierra hay muchas tortugas"—, lo excepcional de cuyo tamaño presenta mediante una comparación con un objeto que también presupone conocido por sus destinatarios: "y eran muy grandes, como una grande tablachina".

Finalmente, fray Bartolomé de Las Casas, llevado por el texto de Colón, que alternadamente glosaba o copiaba, recordó un fragmento anterior, por él inicialmente omitido, que entonces se le mostró coherente con el modo de presentar esas tierras mediante referentes de calidad no vista por sus destinatarios: el fragmento de las sirenas. La coherencia es sólo relativa, en primer lugar porque el texto de Colón refiere el mar costero, el lugar desde donde el navegante observa las tierras, y no las tierras, el objeto observado; pero, sobre todo, porque, en la forma conservada, el texto manifiesta que Colón, al ver las sirenas del Atlántico costero a la isla Española, operó un doble movimiento mental: recordó las que había visto en otro lugar, en otra costa, la de la Manigueta, y las comparó con las que "pintan" es decir con representaciones plásticas o las descripciones "por escrito o de palabra" (Real Academia Española 1963, s. v. *pintar*), que también presupone tan conocidas por sus potenciales lectores como por él mismo. Es decir, que la actitud del viajero escritor es diferente de los casos anteriores, en los que partió de percepciones de lo real, las seleccionó para convertirlas en el referente de un texto que presupone destinatarios inclinados a producirle sentido mediante el cotejo de las propias percepciones con las en él referidas, y, en ocasiones, estableció esas comparaciones. En el caso de las sirenas, el texto producido por Colón compara una categoría elaborada a partir de dos percepciones de un objeto real—una criatura marina—, con la idea de sirena, propia de la cultura que comprende al escritor y a sus posibles lectores. La comparación, como en los casos anteriores, establece un grado de calidad respecto de un atributo de las sirenas, su belleza, que en el objeto real existe, aunque en menor grado que en el ideal; es decir que Colón presenta la comparación simultáneamente como una ratificación y como una rectificación: la percepción visual, que el texto no puede sino convertir en imagen ideal, se prefiere a la idea y permite tanto constatar la existencia de las sirenas ideales, con que opera la cultura de Colón, como rectificar la idea de su belleza. La incorporación al texto del recuerdo de otra percepción, por su parte, instala un espacio ideal homogéneo de lo visto, de gran extensión física, ya que incluye ambas costas del océano Atlántico, y refuerza la división del espacio semántico de la sirena en un subespacio de las sirenas "vistas" por Colón en aguas muy alejadas del mundo europeo, de la cultura europea, y otro de las sirenas "pintadas" por esa cultura, a la que Colón pertenece, y que su texto, que destaca el hecho de referir lo visto, pretende rectificar.

Este relato de viaje establece, mediante esta organización, una frontera entre lo *propio*, la idea, y lo que fue ignorado hasta que su texto, al incorporarlo como referente, lo convirtió en lo *ajeno*, es decir en el término obligado de comparación de lo *propio* y, por lo tanto, en una de sus dimensiones. De esta manera, la descripción de Colón amplía el espacio semántico de lo *propio* y, simultáneamente, lo inserta en el devenir, en la posibilidad de producir nuevos sentidos.

El texto de Colón es el producto necesario de una confianza, nueva, en la cosa, en la realidad, y necesariamente se tensiona con textos contruidos sobre la confianza en lo inmanente, en la idea.

2. Relato de viaje: cultura productiva y cultura reproductiva

El *Fisiólogo*, primer bestiario medieval y origen de numerosos textos análogos, también se había ocupado de las sirenas:

Dice de las sirenas que son animales marinos mortíferos, que atraen con sus voces; que su parte superior, hasta el ombligo, presenta forma humana, y del ombligo para abajo, de volátil. (1971, XV, 52)

y al hacerlo integra la serie de textos cuya cabeza, en el mundo occidental, es la *Odissea*, con el objeto explícito de confirmar la profecía de Isaías sobre Babilonia:¹

Ya lo había manifestado antes Isaías, diciendo: Vendrán sirenas y onocentauros y erizos contra Babilonia y la asolarán.

Pero, en la redacción conservada, el *Fisiólogo* pone el capítulo sobre las sirenas y los onocentauros al servicio de una alegoría, quizás inexistente en las primeras versiones del texto (1971, 8), que, por equipararlas al "varón de corazón engañoso, inconstante en todos sus caminos", las hace representar "a nuestros enemigos".

Es decir que la imagen con que se ilustra el pasaje bíblico se compara, a su vez, con un mundo que se supone conocido por el destinatario—"el varón engañoso", "los malos mercaderes"—, para convertirla en un símbolo de lo que "niega su virtud", de lo que no debe ser. En este texto lo esencial es anterior a la existencia y también a las imágenes ideales; las criaturas sólo son el medio que franquea el conocimiento de Dios, y por lo tanto, la diferencia entre seres vistos y seres ideales resulta irrelevante y quizás negativa, ya que la experiencia sensorial, en tanto dinámica, puede dificultar o impedir el acceso al conocimiento ideal y permanente. Lo *propio* se ratifica con lo *propio*, la cultura reproductiva prevalece y lo *ajeno* solo existe como los confines hostiles u hostigables en tanto no permitan o no faciliten esa reproducción.

Las sirenas de Colón, las sirenas del Atlántico, son las propias de una cultura que por haber accedido a un momento predominantemente productivo, puede transgredir los antiguos límites y el predominio de lo reproductivo, puede expandirse.

3. Los objetivos

La decisión epistemológica de preferir el conocimiento adquirido por la experiencia sensible al conocimiento adquirido mediante el razonamiento discursivo, ocupa el centro mismo de las motivaciones del relato de viaje, y evidencia que estos textos pueden ser estudiados como constituyentes de un tipo, no solo a partir de su tónica o de su retórica (Jacob 1979, 131-33)—y, en modo alguno, exclusivamente a partir de las motivaciones personales de cada viajero escritor—, sino con referencia a las actitudes cognoscitivas predominantes en el momento del devenir del sistema sociocultural—y, consecuentemente socioeconómico y sociopolítico—en que son producidos.

En efecto, la tensión entre el texto que presenta el conocimiento como adquirido mediante la experiencia sensible, y el texto que lo presenta como adquirido mediante el razonamiento discursivo, que Colón documenta en los comienzos mismos de la expansión atlántica, en los comienzos de nuestra modernidad, es comparable con la tensión similar producida en el siglo segundo antes de Cristo, durante la constitución de la unidad mediterránea y la conformación inicial del imperio romano, tensión que hemos de revisar y confrontar, con el objeto de elaborar un modelo de interpretación sociocultural del relato de viajes, que aplicaremos a los viajes de Bernabé Cobo y de Félix de Azara, textos que resultan de dos momentos opuestos de la estructuración sociocultural del imperio hispánico en América.

4. El relato de viaje y la redefinición de la *ecumene*

Polibio, en el libro doce de sus *Historias*, al criticar las *Historias* de Timeo de Tauromenio—"una amalgama de todos los defectos"—, reflexiona sobre la tarea del historiador. Afirma que, por naturaleza, poseemos dos instrumentos para conocimiento e información, el oído y la vista, y apoya en Heráclito su seguridad de que la vista es el instrumento más verídico. El historiador se sirve del oído cuando interroga a sus informantes y, por extensión, cuando lee, que es como oír a través del tiempo y la distancia, lo que le permite obtener información sin peligro ni fatiga. La información visual, que sólo resulta aplicable a partir de la actividad política y militar, o de la "experiencia personal del viaje," inseparable de los peligros, las fatigas y aún de los gastos, constituye "la parte más importante de la historia" (1989, XII, 27-28).

Pero Polibio liga al viaje procesos de conocimiento más complejos que la percepción visual ingenua. En efecto, en el libro tercero, antes de comenzar con

las batallas de la segunda guerra púnica, en un pasaje incluido con posterioridad a sus propios viajes, vuelve a reflexionar sobre el tema. La narración en que la historia consiste, puede ser interrumpida, de manera pertinente, por la descripción de lugares (*topoi*) extremos de "nuestra" tierra habitada (*oikumene*). La mayor parte de los historiadores anteriores intentó hacerlo, pero incurrió en omisiones o cometió errores, por ignorancia obligada. A unos, los innumerables peligros del viaje por mar y los aún mayores del viaje por tierra, les impidieron llegar hasta esos lugares. Otros, quienes, por necesidad o por propia elección, afrontaron y vencieron esos peligros, llegaron, pero les resultó difícil "ver con sus propios ojos" debido a la existencia de lugares "bárbaros" y desiertos; más difícil les resultó conocer y aprender algo, sobre lo visto, a través de la palabra, debido a la diferencia de lengua, y aún más difícil, después de haber conocido, apartar con la inteligencia lo increíble y maravilloso, y preferir la verdad. Debido a ello, la verdadera historia de esos lugares resultó imposible hasta su presente, cuando todo el orbe ha llegado a ser navegable o transitable, debido, en Asia, al imperio de Alejandro, y en las restantes partes del mundo, al dominio de los romanos, y también porque los hombres de acción, por estar desligados de ambiciones militares y políticas, tienen mayores oportunidades para inquirir con curiosidad e interesarse por estos temas.

Polibio promete dar un espacio adecuado, en sus *Historias*, a estos conocimientos—la descripción de lugares extremos de su tierra habitada—, ya que soportó los peligros y fatigas de un viaje por Libia, Iberia y Galia, y por el mar que circunda a esos lugares por el lado exterior, con el propósito de rectificar la ignorancia de sus predecesores y de dar a conocer a los helenos esas partes del mundo habitado (1989, III, 57-59).

Las reflexiones de Polibio explicitan aspectos del relato de viaje que se infieren del análisis del fragmento de las sirenas, y permiten ahondarlo.

Partamos de que viajero es quien produce un texto en que se presenta a sí mismo como el que ha sufrido fatigas, ha corrido peligros y aún ha hecho erogaciones, con el objeto de poder ver para informarse, de poder interrogar para comprender lo visto y de poder ejercitar su espíritu crítico para discernir la verdad de lo maravilloso. Es por esto que al texto producido, fundamentalmente descriptivo—lo visto—, no le resultan incongruentes los fragmentos narrativos—lo vivido—ni tampoco los discursivos—el discernimiento—. Es también por esto que el mundo referido por el texto no se caracteriza por el tipo de objeto referido sino por la forma inicial de conocimiento de ese objeto: la experiencia sensible. El texto del relato de viaje debe evidenciar que los conocimientos del mundo que refiere, se adquirieron inicialmente mediante la experiencia sensible, aunque no provengan exclusivamente de ella.

El viajero valida su texto en la incuestionada superioridad de la experiencia sensible como forma de conocimiento, y lo prestigia con la narración de las dificultades que la adquisición de esa forma de conocimiento implicó, en relación directa con el objetivo de su texto. Desde el momento mismo en que toma la decisión de producirlo, considera su mundo referido como la imprescindible

reparación de un defecto—en el doble sentido de carencia e imperfección—del discurso, aceptado en su propia cultura, sobre la ecúmene, entendida no como la totalidad de las tierras habitadas sino como la totalidad de las tierras habitadas a que una cultura se siente referida. El límite de la ecúmene no está dado por el desierto demográfico sino por el comienzo de los lugares habitados por culturas de las que prescinden los discursos sobre la ecúmene.

En cada momento del devenir de una organización sociocultural, se confrontan discursos que refieren la ecúmene, el espacio sociocultural idóneo para el reconocimiento de las otras culturas, de *los otros*, lo que constituye un mecanismo imprescindible para la definición del *nosotros*, para la identificación sociocultural. El relato de viaje contiene un discurso que compite por la definición de la ecúmene, y que es doble en tanto compuesto por dos subespacios socioculturales homogéneos, uno referido—el lugar de destino del viaje, el borde de la ecúmene, *los otros*—y otro—el lugar de origen del viaje, el centro de la ecúmene, *nosotros*—, que el texto no refiere de manera directa sino por ausencia, ya que resulta el término de comparación constante, y en ocasiones explícito, del subespacio sociocultural referido. En consecuencia, el texto de un viajero no relata la transgresión de un límite, crea, con su discurso, el límite entre dos lugares de la ecúmene, mediante lo cual explora y analiza los límites que definen la propia cultura, el centro de la ecúmene.

Así como la historia expone un discurso identificatorio referido a los orígenes y al devenir, el relato de viaje expone un discurso identificatorio referido a la ecúmene. Polibio, que escribe su historia para los helenos (Bagg 1991, 191–204), con el objeto de incorporar la expansión romana al devenir de lo griego, se siente obligado a redefinir su ecúmene: en lugares habitados, que él mismo vio, porque hacia ellos viajó, antes había bárbaros, que, como resultado de la expansión romana, integran, en el tiempo de su historia, el discurso sobre el espacio identificador de los helenos, integran la ecúmene griega.

La dificultad, señalada por Polibio, de preferir, en la experiencia de los lugares extremos de la ecúmene, la verdad a los relatos increíbles y maravillosos,² no es, en realidad, superable, ya que, en el relato de viaje, el lugar referido es no lo que se ha querido sino lo que se ha podido saber a partir de una experiencia que se relaciona con los hechos mediante los signos intermedios de la propia cultura: la propia cultura actúa como interferencia e impide un acceso profundo a la cultura del otro. De donde, lo maravilloso es aquella parte de la verdad del otro, que nuestra cultura no nos permite aceptar como tal, y así el *nosotros* se convierte en el más relevante objeto de conocimiento del discurso sobre el otro. Pero esto es un fenómeno general a las formas del conocimiento cultural y no algo específico del relato de viajes.

Contemporáneamente a los comienzos de la expansión atlántica, la ampliación de la difusión, mediante el libro, de los textos de la cultura clásica, posibilitó el surgimiento de un texto cuyo análisis presenta una visión simétrica de esta interpretación del relato de viaje.

5. La producción sobre los textos clásicos y la ecúmene ideal

A la segunda edición de la *Utopía* (Lovaina, 1516), de Tomás Moro, publicada en París, en 1517, su autor agregó, como epílogo, una carta dirigida a su gran amigo Pedro Gilles (latinizado Egidio),³ uno de los protagonistas del libro primero y responsable, con Erasmo, de la preparación de las cuatro ediciones con que se logró la versión definitiva de la obra (Basilea, noviembre de 1518). En esta carta, Tomás Moro refuta objeciones a la *Utopía* centradas en el siguiente dilema: lo expuesto es algo verdadero y realmente existente o es pura invención, pura fantasía.

Moro se manifiesta sorprendido y reconoce que, de haber querido escribir una fábula acerca del Estado, pudo haber inventado algo que jugase con la ignorancia del vulgo y contuviese, además, señales por las que los hombres “cultos” pudiesen percatarse del tenor de la *Utopía*. Pudo haber creado nombres tales que “los más instruidos” sospecharan con facilidad que no había tal isla, que la ciudad era una quimera, el río sin agua y el príncipe sin pueblo, pero, “por respeto a la fidelidad histórica” se sirvió de nombres tan bárbaros y sin sentido como *Utopía*, *Amauroto*, *Anidro* y *Ademo*. El hecho de que Moro califique de palabras extranjeras y sin sentido a términos de su invención, forjados a partir del griego, que significan, precisamente, “sin lugar”, “no visible”, “sin agua” y “sin pueblo”, según el texto ya lo ha expuesto, refuerza la habilísima retórica de su ironía, articulada mediante la deliberada confusión de un período hipotético de la irrealdad de pasados—si hubiera querido, podría haberlo hecho—, con un período hipotético de posibilidad en el pasado—si hubiera querido, pude haberlo hecho, y lo hice—. Pero esta ironía sólo cobra sentido a partir de un hecho real, la ignorancia del griego por parte de quienes le hacían las críticas, y, por lo tanto, está menos orientada a burlarse de ellos, aunque, por cierto, los incorpora a la ignorancia del vulgo, que a testimoniar la complicidad con los que Moro consideraba los naturales destinatarios de su texto, los humanistas, los conocedores del griego.

La intención general de la carta no deja de ser beligerante, pero no contra personas sino contra ciertas actitudes epistemológicas. En efecto, Moro agrega otros argumentos al ya utilizado: si la incredulidad subsistiese, convendría tener en cuenta que Rafael Hitlodeo contó estas cosas no sólo a Gilles y a él, sino a otros muchos hombres “dignos y graves”. Pero si ni aún esto bastase, podrían “averiguar personalmente” lo que hay de cierto en el texto, viajando a Portugal, donde, según le comunicó un “viajero” recién llegado de allí, “el uno de marzo”, Hitlodeo está vivo y “más lozano que nunca”. Esta continuación de la ironía central, que se profundiza mediante la adición de circunstancias puntuales de doble lectura—Hitlodeo sólo puede estar vivo y lozano en el texto de la *Utopía*—está ciertamente, dirigida a quienes, por no poder entender lo que el texto claramente dice, podrían recurrir a un viaje que no les haría saber más que lo dicho en el texto, pero su propósito es más amplio, según se infiere del texto mismo de la *Utopía* analizado a partir de la última frase de la carta dirigida a Gilles:

Entonces comprenderían lo conveniente que es prestarme crédito por mí mismo y no fiados en autoridad extraña.

En efecto, según los fragmentos iniciales del libro primero de la *Utopía*, Moro, después de haber sido enviado a Flandes en calidad de embajador de Enrique octavo de Inglaterra, durante un intervalo de las conversaciones con los enviados de Carlos Quinto, fue a Amberes, donde encontró a Pedro Gilles, su amigo. Allí, cierto día lo vio, casualmente, a la salida de misa, hablando con un hombre, que por su aspecto le pareció un marino. Poco después, Pedro Gilles se lo presentó, diciéndole que no había nadie, entre los mortales, que pudiese contar tantas "historias de hombres y tierras desconocidos". Moro respondió que no se había equivocado al pensar, a primera vista, que se trataba de un marino:

—Muy al contrario, respondió; te equivocaste de medio a medio; ese hombre ha navegado, en efecto, pero no como Palinuro sino como Ulises o, mejor aún, como Platón. Rafael, que así se llama, y cuyo apellido es Hitlodeo, conoce la lengua latina y es doctísimo en la griega, por haberse consagrado con preferencia a esta última, dada su inclinación a la filosofía, disciplina en la cual comprendió que los romanos no produjeron obras de importancia, fuera de algunas de Séneca y de Cicerón. (1973, 44)

Moro acentúa la confrontación entre el viaje de desplazamiento físico y el viaje intelectual, apoyado en textos de la antigüedad clásica, principalmente en los griegos, mediante la biografía que le atribuye a Hitlodeo, quien "juntó a Américo Vespucio, del que fue compañero inseparable de los tres últimos de los cuatro viajes que andan en manos de todos" (1973, 45). En efecto, el círculo de eruditos del Gymnase Vosgien, que funcionaba en Saint-Dié, bajo el patrocinio de Renato II, duque de Lorena, había traducido al latín y publicado en 1507 los *Cuatro Viajes* de Vespucio, precedidos de la introducción cosmográfica escrita por Waldseemüller (latinizado Hilacominus), para la edición crítica de Tolomeo. El título presenta esta reunión de textos como una "descripción cosmográfica universal" que comprende "lo que era desconocido por Tolomeo y que ahora ha sido recientemente descubierto".⁴

Hitlodeo, docto en griego y, en consecuencia, potencial lector de Tolomeo, participó de los primeros viajes de la expansión atlántica, cuya lectura, en versión latina, fue común a Moro y a los humanistas contemporáneos, pero "solicitó y obtuvo de Américo, casi por la fuerza", ser uno de los veinticuatro que se quedaron en una ciudadela situada en "los confines alcanzados en dicho viaje". Llegó a los confines de la ecúmene mediante un viaje por el mundo físico, pero lo abandonó aunque, por cierto, no abandonó su formación clásica. Cuando Moro le hace decir, con un verso de Lucano que "por todas partes hay caminos que conducen hasta los dioses",⁵ reitera la tensión entre el conocimiento adquirido mediante la experiencia sensible y el conocimiento derivado del razonamiento discursivo, tensión que representa en la polarización entre Vespucio y él mismo, y

toma partido por el libro, por los textos de la antigüedad a partir de los cuales crece su reflexión.

En efecto, entre las composiciones incluidas como parergon de la edición definitiva, se incluye un sexteto en latín, atribuido al sobrino de Hitlodeo, Anemolio "el de viento", compuesto posiblemente por Moro que presenta la *Utopía* como émula de *La república* platónica y aun como vencedora de ella, por haberla superado "en hombres, recursos y óptimas leyes".⁶

Moro confiere a Hitlodeo una imagen sincrética, viajero y docto en griego, y, además, elige para su exposición la forma relato de viaje, no su retórica, por cierto, ya que el segundo libro de la *Utopía*, que presenta la organización de una ciudad de la isla, no ofrece, por ejemplo, ningún segmento narrativo destinado a presentar la vida del viajero en ese lugar imaginario. Esta asimilación textual remite a la asimilación que Moro hace de su *Utopía* con los elementos socioculturales esenciales del relato de viajes. En efecto, Moro crea una frontera que escinde el espacio semántico de lo urbano, en un subespacio de una ciudad ajena y remotamente lejana, la ciudad referida, y otro de ciudad propia que presenta, de manera predominante aunque no exclusiva, por ausencia. Como el de Colón, este texto pretende, del lector, una producción comparativa destinada a rectificar la idea de la propia ciudad, es decir, a orientar su devenir:

tampoco negaré la existencia en la república utópica de muchas cosas que más deseo que espero ver implantadas en nuestras ciudades. (1973, 138)

Pero el término de la comparación, la ciudad referida, no se produce a partir de experiencias sensibles sino a partir de textos y de formas literarias de la antigüedad griega, que sin embargo, no se pretende reproducir sino superar.

Esta doble tensión productiva, sobre los textos clásicos y sobre la propia ciudad, surgida de la preocupación por las dimensiones culturales, sociales, políticas y económicas del estado urbano, tiende a la redefinición de la ecúmene tanto como los relatos de los viajeros que, por entonces, protagonizaban la expansión atlántica; éstos inspeccionaban el espacio geográfico sincrónico, Moro indaga el devenir del espacio textual y deja, para los iniciados, señales suficientes y suficientemente claras de que se trata de una redefinición de la ecúmene de carácter totalmente ideal, aunque no por ello menos productiva, menos movilizante del presente del escritor y de sus destinatarios. Por cierto, la lectura de los autores clásicos no siempre se liga a la cultura productiva.

6. El viaje como ilustración de los textos de la cultura reproductiva

En 1555, el doctor Pedro Laguna publicó su traducción española de un códice griego de Dioscorides Pedanius—"Pedacio Dioscórides Anazarbeo"—, a quien presenta como el gran especialista en los remedios naturales—"simples medicinales"—, fundamentalmente las plantas, las piedras y los metales, y también

en dibujarnos al natural todas la plantas e minerales que sirven al uso de Medicina e en referirnos sus fuerzas e facultades, tuvo admirable gratia. (Laguna 1969, I, 3 v.)

Laguna ilustró su traducción de *Materia medica* con "comentarios" y con las "figuras de todas las yerbas, sacadas a imitación de las vivas e naturales", tarea para la cual realizó muchos y muy "trabajosos viajes", que encarece en la dedicatoria al príncipe don Felipe. Según su relato, subió muchos y muy altos montes, bajó muchas cuevas y se arriesgó por barrancos y peligrosos despeñaderos, pero no bastó con esto, también se vio obligado a gastar, aunque sin pena, la mayor parte de su "caudal y substancia", en hacerse traer muchos "simples exquisitos y raros", de sus "propias regiones", es decir "de Grecia, de Egipto y de Berbería", con el objeto de confrontarlos con las "historias" de Dioscórides. Intentó ir a buscarlos él mismo, pero "la malignidad de los tiempos" le impidió hacerlo. Confiaba, sin embargo, en que ese viaje sería posible durante el reinado de Felipe, quien allanaría de tal modo el camino que resultaría posible caminar por las "naciones bárbaras" del Oriente, como si fuera por "nuestras casas".

Al doctor Laguna la expansión imperial, ya detenida por entonces, le hace pensar en una expansión de las tierras sometidas, que le permitiría ver "y aun traer" las plantas conocidas a través de Dioscórides; pero la confrontación que propone con el texto de *Materia medica* no implica una rectificación, como en Colón, ni una superación, como en Moro, sino una ratificación similar a las ratificaciones textuales propuestas por *El fisiólogo*.

Para Laguna el saber se equipara al texto, y los textos en los que reconoce autoridad son los de los "escritores, así griegos como latinos". Pero a diferencia de quienes, en su época, producían nuevos sentidos sobre los textos clásicos, Laguna extrae de ellos una verdad central, que instrumenta como postulado: esos escritores "tienen por averiguado" que "el inventor de la medicina fue solo Dios inmortal", y ello se debe a que, por fe o por autoestima profesional, desea presentar el "arte medicinal" como un extenso conjunto de "sublimes misterios", inalcanzables para un "hombrecillo bozal e formado de un poco de lodo", que llegó hasta entonces "de mano en mano", desde "nuestros primeros padres".

Como la medicina resulta de una creación divina y como Dioscórides tiene supremacía absoluta sobre los "excelentes varones, así de los antiguos como de los modernos", que escribieron sobre medicamentos, su texto resulta equiparable a las Escrituras, sólo corresponde traducirlo, ilustrarlo, fin que, según afirma, persiguió en sus penosos viajes, y anotarlo. Para esto último Laguna se sirve de los textos de Hipócrates, Plinio, Galeno, Avicena, pero también de Homero y Virgilio.

Aunque Homero deja explícita constancia de que la utilización del *moly*, hierba mágica descrita en la *Odisea* (X, 302-06), que Ulises recibió de Hermes para neutralizar las encantadoras drogas de Circe, sólo es conocida por los dioses, Dioscórides se ocupa de ella, en el libro segundo de su obra, utilizando

alguno de los elementos empleados por Homero. Laguna anota el texto de Dioscórides, mediante su confrontación con los de Teofrasto, Plinio y, principalmente, de Galeno, que le sirve para corregir una lectura de Dioscórides, que cree errónea e interpreta como "el adulterio de todos los códices estampados". A pesar de que esta corrección le proporciona una coincidencia, Laguna debe admitir que no concuerdan las descripciones de las autoridades a su alcance, lo que explica diciendo que "puede ser que se hallen de ella otras tantas especies", aunque "ninguna se conoce hoy en Italia".

Laguna no duda de la superioridad de sus textos, que constituyen el deber ser del *moly*, en nada afectado por el hecho de que todavía no sea para la experiencia de los humanos; y se niega a pensar el *moly* como otro nombre de una planta por todos conocida:

Esta es aquella Homérica planta, con la cual Mercurio armó a Ulises contra las hechicerías de Circe, aunque la confunden muchos con la ruda salvaje. (I, 300)

Los textos, desde Homero hasta los suyos propios, conforman, para Laguna, un espacio homogéneo y permanente, fuera del cual nada existe; constituyen la totalidad de lo *propio* que con nada puede ser confrontado. Para la medicina española de mediados del siglo dieciséis, la ecúmene griega permanecía sin cambios. Pero la expansión atlántica, resultado y estímulo de la cultura productiva, modificaría ese espacio.

7. La redefinición de la ecúmene desde la metrópoli política

En el *Prólogo* de su *Historia del Nuevo Mundo*, que firmó en 1653, el padre jesuita Bernabé Cobo se presenta como un viajero que ha "residido" en diversas "tierras" de las Indias, experimentado los "diversos climas" comprendidos en "ambos hemisferios del Nuevo Mundo". Sus viajes le dieron la oportunidad de:

inquirir y de contemplar de espacio la naturaleza de estas regiones, y frutos peregrinos que producen. (Cobo 1956, 4)

Después de cincuenta y siete años de recorrer las "tierras" de América hispánica, el hecho de calificar de "peregrina", de 'extraña, o extranjera', a su naturaleza, evidencia que Cobo seguía sintiéndose un viajero de la metrópoli, para cuyos lectores escribió su obra. Sobre esa naturaleza actuó, de manera continuada, mediante la experiencia sensorial, que volcó, según sus afirmaciones, en "descripciones" que "pintan" las "calidades" de las plantas y sus frutos, y de los animales—a todo lo cual Cobo llama genéricamente "cosas"—con el objeto de que su lector metropolitano supiese "distinguir las unas de otras", seguro, en todo momento, de que la "especulación" sobre esas "cosas" por él descritas, constituía un momento posterior del saber, propio de los "profesores de la Filosofía Natural".

La "cosa" es necesariamente diferente del texto que sobre la misma se produce, el cual debe quedar subordinado a la "cosa" y no a los textos clásicos producidos sobre la naturaleza, porque la vinculación de éstos con la realidad no resulta evidente para el lector. De manera tal que Cobo presenta su texto como una "pintura" de la naturaleza diferente de la producida por los textos clásicos, con los cuales resulta cotejable, pero no filiable:

En la cual descripción no me embarazaré en averiguar si tal cosa es o no lo que describen los autores antiguos, como Plinio, Dioscórides y otros; porque juzgo esto por más oscuridad, por la dificultad que vemos que hay en averiguar en los dichos autores qué especie de plantas sean las que nos pintan, si bien algunas dellas son muy conocidas de todos. El que viere la descripción que yo hago de cada cosa, cotejándola con las de los autores antiguos podrá juzgar esto, visto lo que de la una y la otra se dice. (libro IV, capítulo I, 156)

La ruptura con los prestigiosos textos de la antigüedad no es, sin embargo, total. En primer lugar, en las descripciones de las especies indígenas de América, Cobo adopta sin vacilaciones la secuencia de Dioscórides; después del título de cada capítulo, que consiste en el nombre indígena de la planta, consigna el significado de ese nombre y la denominación que le dan "los españoles", la describe y termina, si corresponde, con la enumeración de sus aplicaciones medicinales. Por otra parte, la *Historia* muestra la consulta no sistemática de Dioscórides en la versión del doctor Laguna, con el propósito de identificar las plantas de origen europeo, traídas por los españoles a América:

La *retama* que se ha traído a esta tierra es la que vulgarmente llamamos *gayomba* o *genista*, y es la segunda especie de *retama* que describe el doctor Laguna sobre Dioscórides. (libro X, capítulo XXX, 405)

En este caso, la identificación mediante el texto de Dioscórides se justifica porque complementa la capacidad de referencia de la denominación hispanoamericana vulgar y reduce su ambigüedad. Pero, en ocasiones, la autoridad del texto antiguo retoma fuerzas:

Llaman *quahi*, los indios peruanos, a una raíz muy conocida y estimada dellos; es muy amarga y de profundo olor no enfadoso; su temperamento es caliente y seco. Es tan parecida esta yerba a la que Dioscórides llama *aristoloquia luenga*, que no parece distinta della. (libro IV, capítulo LXXII, 189)

La experiencia sensorial sustenta esta "descripción" del *quahi*. Cobo la probó y la olió, y por referencias de los indios sabe que no se trata de un vegetal

traído desde España,⁷ lo que no lo habilita a pensar que no exista, como tantos otros, también en Europa; de manera consecuente, deja testimonio de su posible asimilación con la *aristoloquia* descrita por Dioscórides. Pero, al enumerar los usos curativos que los indígenas hacían del *quahi*, omite lo conjetural de su asimilación e incorpora a su descripción, sin indicación alguna, los usos curativos indicados por Dioscórides.

Estas vacilaciones en la mecánica declarada de producción del texto—la observación, resultante del viaje, sumada a la información de los indígenas más viejos—no son frecuentes y nunca se presentan cuando se trata de plantas que Cobo reconoce como indígenas. En tales casos, la descripción del viajero, muy pocas veces interrumpida por la narración de experiencias personales, precisa usos curativos desconocidos para el mundo europeo.

Puesta esta yerba [*choclla*] sobre las heridas frescas, las une y sana maravillosamente, y su zumo, mezclado con miel rosada, mundifica blanda y suavemente las llagas; y añadiendo a esto un poco de agua de *llantén*, aprovecha para las llagas de los ojos, porque las mundifica, encarna y cicatriza. (libro IV, capítulo LIX, 188)

Después de sus prolongados viajes, motivados por la fe en la observación de una naturaleza desconocida para su cultura,⁸ Cobo incorporó a la misma un conjunto de descripciones que reconoce no exhaustivo y que no está destinado a cuestionar los textos, aceptados en España, del saber clásico europeo sobre la naturaleza. Aunque Cobo manifiesta mejor comprensión de los beneficios materiales que España podría obtener a partir de esas descripciones,⁹ que de su aporte al saber teórico, que él denomina especulativo, la parte de su *Historia* que corresponde a la *Historia Natural*,⁹ debe incluirse entre los textos producidos al amparo de un eficaz funcionamiento del Imperio, que permiten redefinir la ecúmene imperial, mediante la comparación de lo *propio*, lo metropolitano español, con lo *ajeno*, lo colonial hispanoamericano.

8. La redefinición de la ecúmene desde la metrópoli cultural

En 1781, Félix de Azara, teniente de ingenieros, partió de España hacia Buenos Aires, para ponerse a las órdenes de su Virrey, con el objeto de fijar, conjuntamente con los comisarios portugueses, la línea de demarcación entre los dos mundos coloniales, según lo establecido en el tratado preliminar de paz de 1777. Para cumplir con dicha función fue designado capitán de fragata y puesto bajo las órdenes del capitán de navío José Varela y Ulloa, a quien secundaron otros dos oficiales de marina, venidos de España, y un tercero, nombrado en la tierra. Inicialmente se le asignaron dos de las cinco partes en que se dividió la frontera, y luego fue comisionado para concertar con el General portugués los medios para iniciar y continuar las operaciones de demarcación; pero esperó en

vano, durante casi trece años, a los comisionados portugueses. Después se le dio el mando de la frontera sur de Buenos Aires y se le ordenó avanzar hacia el territorio de los indios pampas "porque se querían extender las fronteras españolas en esa dirección". Más tarde, debido a que la guerra que España mantenía con Inglaterra hizo presumir la guerra con Portugal, se le dio el mando "de toda la frontera del este, que es la del Brasil". Finalmente recibió la orden de regresar a España, que cumplió a fines de 1801.

Advertida la voluntad dilatoria de los comisionados portugueses, Azara pensó en "sacar el mejor partido posible del largo tiempo" que le proporcionarían esos "retardos", para lo cual hizo "un gran número de largos viajes por todas partes de la provincia del Paraguay" y llegó "hasta las misiones o pueblos de los jesuitas y hasta la vasta jurisdicción de la ciudad de Corrientes". Más tarde el Virrey le permitió "visitar todas las posesiones españolas al sur del Río de la Plata y del Paraná".¹⁰

Estos viajes implicaron "gastos", "peligros" y "obstáculos", pero, además, la mayor parte de ellos resultó de una transgresión, ya que Azara, oficial de la Marina del Rey, pensó que "los virreyes" no le darian ni permiso ni ayuda, por el temor de que abusara de su condescendencia, y afectase así su "obligación principal que consistía en la fijación de límites", y, en consecuencia, resolvió "cargar solo con la empresa y los gastos que ocasionara" (1969, 43-44).

El objetivo de los viajes evolucionó durante tan prolongado período. Inicialmente se trató de "levantar una carta exacta de aquellas regiones". El método que garantizaba la exactitud de la carta consistía en una ineludible confianza en el relevamiento indiscriminado de latitudes—"En cualquier parte que me encontrara observaba la latitud"—, sustentada en la infalibilidad de los "instrumentos" de observación—"nunca di un paso sin llevar conmigo dos buenos instrumentos de reflexión de Halley y un horizonte artificial"—y en la profesionalidad de quien los usaba—"ésta era mi profesión"—. A partir de las latitudes se establecieron las "posiciones" tanto de accidentes geográficos que se le impusieron al viajero por facilitar o dificultar sus desplazamientos: "ríos navegables", "arroyos", "principales elevaciones"; cuanto de "lugares habitados", como "desiertos", "tolderías" y "habitaciones extendidas por los campos", que no se registraron en la carta "porque no son permanentes".

A pesar de trabajar con "subalternos", la vastedad del espacio a cartografiar, la "América Meridional", que incluía el "Paraguay" y el "Río de la Plata", y que Azara entendió como un espacio homogéneo limitado por accidentes geográficos—cimas, costas marítimas y fluviales—y por paralelos y meridianos, le impidió "recorrerlo por entero" y, en consecuencia, ser absolutamente consecuente con su método, por lo que lo alternó con la copia y corrección de cartas anteriores (46-47).

La "carta exacta", concebida según dos principios, la precisión de la observación de las latitudes¹¹ y la determinación de la posición de lugares considerados permanentes, y entendida como el único resultado imaginable de los trabajos geográficos, resulta un substituto perfecto de la realidad:

Se puede examinar el resto de su curso en mi carta que lo marca con exactitud. (73)

y tiende a transmutarse en la realidad misma de "estas regiones", según la percepción de Azara:

He copiado todos estos ríos y las partes de su dependencia, de la carta de don Juan de la Cruz, grabada en 1775, porque era necesario terminar por este lado la gran provincia del Chaco, por la que he viajado tan poco. (47)

Falta una definición del lugar que interesa, del *topos*, porque en realidad interesan todos, ya que el objetivo es un registro exhaustivo y esto hace que la noción de "carta exacta" coexista con la de tarea inacabada. Azara no pudo recorrer el país "por entero", pero los "datos" obtenidos le permiten "dar una idea" del mismo (53).

El viajero geógrafo, que sin discriminación y de manera exhaustiva atesora las posiciones de lugares de un espacio considerado a priori homogéneo, con el único objeto de registrarlas junto con sus correspondientes topónimos en una carta que reproduce los lugares con tanta exactitud que llega a sustituirlos, coincide sólo parcialmente con el viajero naturalista, protagonista del segundo objetivo de estos viajes, que Azara explica presentándose a sí mismo como quien, por tocarle vivir en un "país inmenso" y, por lo menos al comienzo, "desconocido", queda aislado de las noticias de Europa, de los "libros" y de las "conversaciones agradables e instructivas" y, en consecuencia, no puede sino ocuparse de los "objetos" que le presenta la "naturaleza" que lo rodea (48).

Esta oposición entre América y Europa, presentada como una oposición entre la naturaleza y la cultura, se enfatiza cuando Azara declara que su interés por los objetos de la naturaleza se acrecentaba porque le "parecían nuevos". Privilegiar la "novedad" implica asumir un punto de vista, el conocimiento europeo, y establecer un destinatario, "los curiosos" y "los sabios" de Europa, para lo que se hace necesario producir un texto, las "notas", que reflejen tanto sus "observaciones" como las "reflexiones" que las mismas le sugerían. Pero presentar a Europa lo nuevo de América, conlleva un miedo derivado, para Azara, de su falta de profesionalidad, de su ignorancia:

no tengo conocimiento alguno relativo a las cualidades de las tierras y las piedras, así como respecto a los vegetales, insectos, peces y reptiles (48)

que podría hacerle considerar "nuevos", objetos ya "completamente descritos por los historiadores, los viajeros y los naturalistas de América".

El texto, que inicialmente se escribió como "diario de viaje", pero que luego se "ordenó" para que no resultara tan tedioso como "los viajes marítimos", que todos los días se ocupan de los vientos, de los cambios de rumbo, de los peligros y

trabajos, "siempre, poco más o menos lo mismo" (1805f, 38), refiere, en un primer nivel, lo visto, asimila el relato de lo observado al "hecho", como en la carta se asimila la posición del lugar al lugar, y reclama, para el relato, una credibilidad idéntica a la que se reclamó para la carta:

En cuanto a los hechos pueden estar seguros de que no hay nada de exageración y de conjeturas, y que no digo nada que no haya visto y que todo el mundo no pueda comprobar por sus propias observaciones o por las noticias que le den los habitantes del país. (48)

La finalidad y justificación de este nivel del texto es la "utilidad"—"Deseo solamente tener mi satisfacción en el placer de ser útil por mis trabajos" (1806a, 39)—, que está en directa relación con la producción que logren hacer sus destinatarios, los únicos que, con su "sagacidad", pueden suplir la falta de "conocimiento" con que se hicieron las "observaciones".

Pero el texto también incorpora lo discursivo, "las consecuencias que yo deduzco a veces de los hechos", para lo que se reclama no la producción de los destinatarios sino su juicio:

deben creerse cuando se encuentren fundadas, y en el caso contrario, se las puede desechar o presentar otras mejores. Yo seré el primero en aceptarlas. (48)

En los *Viajes* se manifiesta también un viajero historiador, que se nutre tanto del conocimiento de los "lugares" y de las "antiguas tradiciones", a las que accedió mediante la interrogación a "los indios", cuanto de la lectura de documentos conservados en los "archivos civiles" de Asunción, Buenos Aires, Corrientes y Santa Fe, y de "las antiguas memorias de las colonias y de las parroquias". El objetivo de Azara, en tanto viajero historiador, es "corregir muchos errores" en que cayeron los historiadores anteriores (48).

Para Azara la observación de las posiciones de los lugares resulta idéntica al conocimiento geográfico y los datos extraídos de sus fuentes documentales, equivalentes al mejor discurso sobre los orígenes, pero considera su observación de la naturaleza como la propia de un "viajero", es decir un paso necesario pero anterior al saber botánico o zoológico, que se encuentra en los libros, de los que consultó la *Historia natural* del Conde de Buffon, que utilizó para acercarse al conocimiento específico y también para enterarse, a través de sus citas, de la tarea de otros naturalistas que no leyó. Pero el saber también está en la colección de animales embalsamados del Gabinete Imperial de París.

Su tarea de viajero naturalista consiste en una confrontación de nombres, tamaños, formas, colores de los animales de su experiencia americana, con los del saber europeo, que se pretende corregir, pero del que en realidad no se duda; como para Laguna, de descripciones diferentes se infieren especies diferentes, que deben ser rastreadas en la realidad hasta encontrarlas:

Pero como muchos autores hablan de animales que tienen caracteres semejantes, y no están de acuerdo unos con otros, se debe presumir que los ha de diferentes especies, bien difíciles de reconocer hoy, a causa de los caracteres que les asignan. (143)

Esta actitud de conocimiento somete su texto no sólo a los otros textos sino también a la corrección de quienes considera "sabios"¹², y divide el espacio semántico de la naturaleza de la América meridional, en el subespacio de lo visto, *mis* animales, y el del saber ajeno, concentrado y conservado en un punto externo a América, en un museo, cuya vista, que resultaría de sumo beneficio para la publicación de los *Viajes*, el Gobierno que emplea a Azara, no le ha concedido:

yo reconocería en las excelentes colecciones que poseéis, muchas aves de las que he descrito [...] hay en vuestro Museo muchas de mis aves. (Azara 1805f, 38)

Pero esta subdivisión tiene un alcance mayor, el centro del saber no forma parte del imperio español. En la metrópoli española "el gusto por las ciencias, y sobre todo por la Historia Natural, está absolutamente dado de lado" (1805c, 36). Los viajes nacieron de una transgresión de Azara al gobierno español y el texto resultante sólo tiene sentido para otra nación. La cultura reproductiva que tanto peso tiene en el texto, remite, como en el caso de Laguna, a un saber ahispánico y la redefinición de la ecúmene, que el texto de viaje implica, en este caso la ecúmene natural, se hace en función de un centro distinto del centro político.

Cobo, a mediados del siglo diecisiete, en plena desorganización de la economía colonial, viajó por América al servicio de un imperio que contaba con objetivos socioculturales claros. Azara, a comienzos del siglo diecinueve, viajó con clara conciencia de que su esfuerzo no tenía por destinatario la organización política que pocos años más tarde comenzaría a sucumbir.

NOTAS

¹ "[K]ai anapaúsontai ekei seirēnes" (*Septuaginta* 1935, Is. 13, 21); "Et respondebunt ibi ululae in aedibus eius, Et sirenes in delubris voluptatis" (*Biblia* 1977, Is. 13, 22).

² "[S]e hacía más difícil todavía el contenerse en la justa moderación ante lo visto y el preferir, despreciando los relatos increíbles y maravillosos, la verdad en honor de sí misma" (Polibio 1989, III, 58, 9).

- ³ Tomás Moro a Pedro Egidio. En: Moro 1973, 139-40.
- ⁴ Introducción a la cosmografía. Con los principios de geometría y astronomía necesarios para ello. Además, las cuatro navegaciones de Américo Vespucio. Descripción cosmográfica universal, tanto en forma globular como plana, comprendiendo lo que era desconocido por Tolomeo y que ahora ha sido recientemente descubierto (Vespucio 1951, 198-99).
- ⁵ Pharsalia XI, 819 (Moro 1973, 45).
- ⁶ Sexteto de Anemolio, poeta laureado, sobrino de Hitlodeo, por parte de su hermana. En: Moro 1984, 52-53.
- ⁷ "Pues estos indios viejos tienen tanto conocimiento de las cosas que había en esta tierra antes de la venida de los españoles, que luego al punto, en siendo preguntados, me respondían sin dudar en ello, mostrándome las plantas y diciendo: Padre, no hay en esto duda: estas plantas son nuestras y estas trujistes vosotros los españoles que nosotros no las teníamos ni conocíamos antes" (Cobo 1956, libro IV, capítulo I, 153).
- ⁸ "Con esto doy fin al tratado de los árboles, porque, querer describirlos todos, ni hay quien pueda contarlos, ni aun paciencia para leerlos; basta que he hecho mención en este libro de más de doscientas especies de ellos, naturales de esta tierra y no conocidos en España, de los cuales, la mitad, son frutíferos, y algunos de frutas tan sabrosas y regaladas, que en Europa fueran muy preciadas" (libro VI, capítulo CXXIX, 284).
- ⁹ De los cuarenta y tres libros de la *Historia del Nuevo Mundo*, sólo se conocen los catorce correspondientes a la primera parte, siete de los cuales (IV-X) corresponden a la historia natural. La primera edición fue publicada por Marcos Jiménez de la Espada entre 1890 y 1893.
- ¹⁰ Azara 1969, 43-45. Para la biografía, bibliografía y valoración historiográfica de la obra de Félix de Azara: Cardozo 1959, 401-31; Esteve Barba 1964, 593-98; Salas 1968, 1743-53.
- ¹¹ "No puede, pues, encontrarse aquí otro error que aquel de que es susceptible una observación de la latitud" (45).
- ¹² "Por lo demás es usted dueño de hacer cualquier retoque que juzgue necesario. Yo no soy infalible y sabe usted que hablo y escribo muy mal el francés" (Azara 1805e, 37).

OBRAS CITADAS

- Azara, Félix de, 1805a. Carta a C.A. Walckenaer. Madrid, 10 de enero. Azara 1969, 35.
- , 1805b. Carta a C.A. Walckenaer. Madrid, 9 de abril. Azara 1969, 35-36.
- , 1805c. Carta a C.A. Walckenaer. Madrid, 25 de julio. Azara 1969, 36.
- , 1805d. Carta a C.A. Walckenaer. Madrid, 29 de agosto. Azara 1969, 36-37.
- , 1805e. Carta a C.A. Walckenaer. Madrid, 28 de octubre. Azara 1969, 37.
- , 1805f. Carta a C.A. Walckenaer. Madrid, 1 de diciembre. Azara 1969, 38-39.
- , 1806a. Carta a C.A. Walckenaer. Madrid, 2 de julio. Azara 1969, 40.
- , 1806b. Carta a C.A. Walckenaer. Madrid, 4 de agosto. Azara 1969, 40-41.
- , 1806c. Carta a C.A. Walckenaer. Madrid, 22 de setiembre. Azara 1969, 41.
- , 1969. *Viajes por la América meridional. Contienen la descripción geográfica, política y civil del Paraguay y del Río de la Plata: la historia del descubrimiento y conquista de estas regiones; detalles numerosos sobre su historia natural y sobre los pueblos salvajes que las habitan; el relato de los medios empleados por los jesuitas para someter y civilizar a los indígenas, etc.* Edición de C.A. Walckenaer. Notas de G. Cuvier. Traducción de Francisco de las Barras de Aragón. Revisión de J. Dantin Cereceda. Madrid: Espasa-Calpe. [Original: Paris: Dentu, 1809.]
- Bagg, Ariel M. 1991. *Los destinatarios implícitos y explícitos en la obra de Polibio*. Tesis de Licenciatura en Historia. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. (Mecanografiado).

- Biblia Sacra iuxta Vulgatam Clementinam*. 1977. Nova editio logicis partitionibus aliisque subsidiis ornata a Alberto Colunga et Laurentio Turrado. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles.
- Cardozo, Efraim. 1959. *Historiografía paraguaya. I: Paraguay indígena, español y jesuita*. México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- Cobo, Bernabé. 1653. *Historia del Nuevo Mundo*. Obras. Estudio preliminar y edición del P. Francisco Mateos, t. I, 1-427 y t. II, 5-275. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, 1956.
- Colón, [Cristóbal]. 1962. *Diario de Cristóbal Colón. Libro de la primera navegación y descubrimiento de las Indias*. Edición facsimil publicada por Carlos Sanz. Madrid: Bibliotheca Americana Vetustissima.
- El fisiólogo*. 1971. *Besitario medieval*. Traducción de Marino Ayerra Redín y Nilda Guglielmi. Introducción y notas de Nilda Guglielmi. Buenos Aires: Eudeba.
- Jacob, Christian. 1979. "Récit de voyage et description." *Lalies* I: 131-41.
- Laguna, Andrés. 1555. *Pedacio Dioscórides Anazarbeo*. Prefacio de Juan Contreras y López de Anaya. Introducción de Teófilo Hernando y Ortega. Prólogo al segundo volumen de Francisco Bellot Rodríguez. Edición facsimilar. 2 v. Madrid: Instituto de España, 1969.
- Moro, Tomás. 1516. *Utopía*. Traducción de Agustín Millares Carlo. *Utopías del Renacimiento*. Eugenio Imaz, ed. México: Fondo de Cultura Económica, 1973, 37-140.
- , 1516. *Utopía*. Introducción y notas de Pedro Rodríguez Santidrián. Madrid: Alianza, 1984.
- Polibio. 1989. *Historias*. Edición y traducción de Alberto Díaz Tejera. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Real Academia Española. 1726-1739. *Diccionario de la lengua castellana: en que se explica el verdadero sentido de las voces*. 3 v. Madrid: Gredos, 1963.
- Salas, Alberto M. 1968. "Relación sumaria de cronistas, viajeros e historiadores hasta el siglo XIX". *Historia argentina*. R. Levillier, dir. Buenos Aires: Plaza y Janés. t. V.: 1683-1769.
- Septuaginta: Id est, Vetus Testamentum graece iuxta LXX interpretes*. 1935. Edidit Alfred Rahlfs. Stuttgart: Deutsche Bibelstiftung.
- Torre Revello, José. 1961. "Viajeros, relaciones, cartas y memorias (siglos XVII, XVIII y primer decenio del XIX)". *Historia de la Nación Argentina*. R. Levene, dir. 3a. edición. Buenos Aires: El Ateneo, 1961-1963. t. IV, primera sección, 331-56.
- Vespucio, Américo. 1951. *El Nuevo Mundo. Cartas relativas a sus viajes descubrimientos*. Textos en italiano, español e inglés. Estudio preliminar de Roberto Levillier. Buenos Aires: Nova.

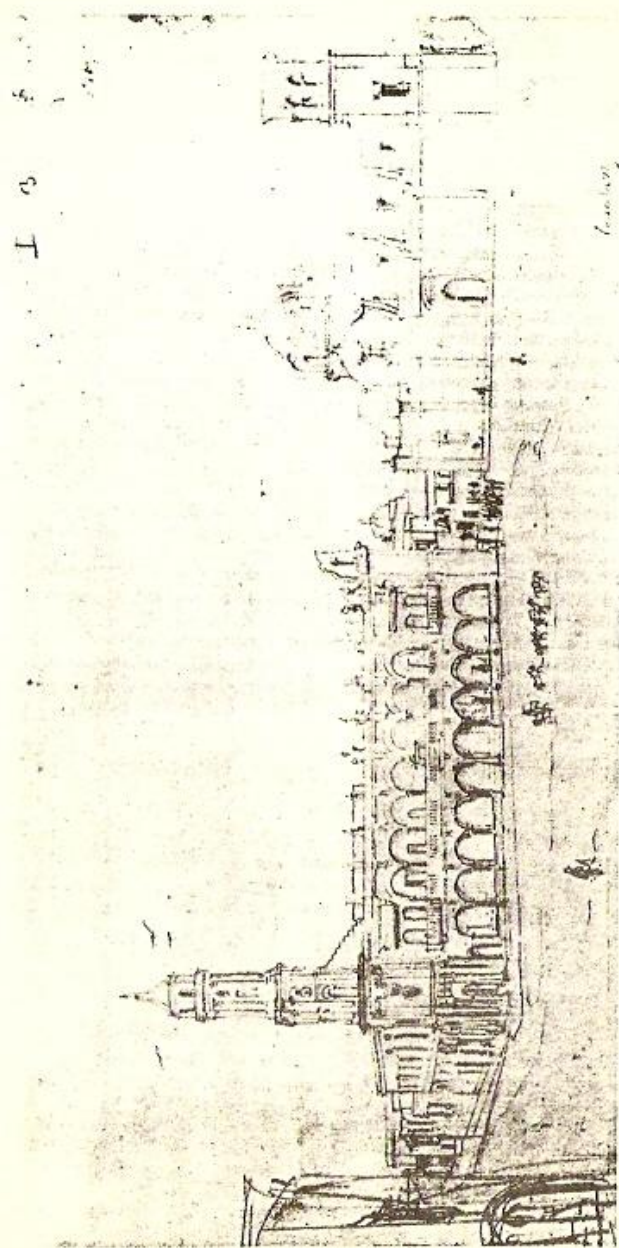


Figura 3.

Plaza Mayor de Veracruz, 1831. Lápiz sobre papel, 13,5 x 26,5 cm. SGS, inv. núm. 15293.